

El emperador desnudo

Dave Eggers radiografía los cambios del mundo en *Un holograma para el rey*

28.03.2014 | 02:04

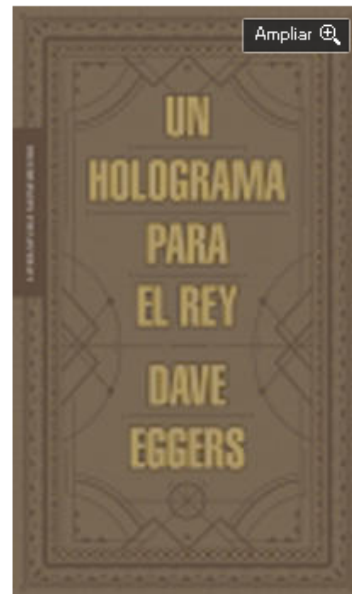
Ricardo Menéndez Salmón Politólogos, sociólogos y economistas advierten hace tiempo de un desplazamiento significativo en los polos de decisión en el mundo. El futuro mira hacia el Este, hacia Oriente. Las capitales del lujo se mueven hacia los lugares donde el sol amanece primero. Las decisiones trascendentales ya no se toman en las capitales de Occidente, sino en las megalópolis chinas e indias. Las arenas del desierto, que han visto crecer fabulosos países en medio de ninguna parte, son hoy el emblema de Xanadú. Hombres con turbante, mujeres veladas, rostros de ojos rasgados extienden sus billeteras sin fondo. Incluso el gigante americano se tambalea ante estos nuevos heraldos del poder y sus símbolos.

En su última novela, *Un holograma para el rey*, Dave Eggers radiografía la evidencia de un orden diverso. La aventura en Arabia Saudí de un ejecutivo americano, Alan Clay, que ha

alcanzado la madurez en plena crisis existencial (un divorcio tormentoso, números rojos en su chequera, un bulto sospechoso en el cuello, una vida profesional en la cuerda floja), revela en sus miserias la estructura de un statu quo que muda de dirección. El punto de partida es sugestivo. Clay, miembro de una empresa llamada Reliant, intenta vender al rey saudí una tecnología que le permita hacer negocios a distancia mediante el uso de una sorprendente técnica: sus socios e interlocutores se convertirán en hologramas con quienes interactuar como si estuvieran presentes en carne y hueso.

A orillas del mar Rojo, junto a una quimera nacida del puro vacío, la Ciudad Económica Rey Abdalá, Clay y sus ingenieros esperan la llegada de un poderoso que, como los bárbaros de Cavafis y Coetzee, se hace esperar. Durante esa prórroga, Clay reflexiona sobre sus fracasos y expectativas, sobre una América que ha malvendido su oro al empuje decisivo de un tiempo para el que pronto dejará de contar. En su retrato de hombre ambicioso pero de buen corazón, cuyo declive coincide con el de su país, Eggers coloca las semillas de una evidencia incómoda: Occidente es una civilización exhausta, devorada por su propia saciedad, que vive hoy destinada a esperar su turno ante los nuevos guardianes de la Ley.

Una Ley que, además, contrariamente a la imaginada por Kafka, ni siquiera es grosera y hostil, sino que se oculta bajo el disfraz de las buenas palabras, la dicción educada, los gestos fraternos. Ello, sin embargo, no la hace menos implacable. Encerrado en su hotel Hilton o en una jaima en la arena, preso de unas circunstancias que no entiende y de una negligencia que lo destruye, Clay deambula por el limbo de quienes aguardan. Su peregrinaje se convierte en una metáfora poco complaciente del impass epocal que vivimos. Cuando el rey saudí reciba al fin a su invitado americano, escuchará su propuesta sin mover un músculo. Un poco más allá, bajo el amparo de un edificio llamado la Caja Negra, un grupo de eficaces asiáticos estará cerrando otro tipo de trato. El emperador está desnudo bajo sus galas.



Un holograma para el rey. David Eggers. Mondadori, 2014

FOTOS de la noticia